



testimonio

Un mundo creativo

Por Laura Chicote
(lchicote@tomasmoro.k12.ec)

Llegué hace cuatro años a Ecuador, país que me abrió un sinfín de oportunidades, no solo profesionales sino también artísticas. Me traje desde Madrid mi maleta repleta de creatividad, con muchas ganas de empaparme de toda la cultura y el arte latinoamericano que siempre me habían fascinado e influido en mis trabajos artísticos. La aventura había comenzado.

Como profesora de Educación Artística y, a la vez, artista -entendido como persona que trabaja en el ámbito del mundo del arte-, los días en el aula con mis estudiantes son tan enriquecedores como el compartir un estudio con otros artistas. En el día a día voy descubriendo y aprendiendo de ellos, de su capacidad creadora, de sus reflexiones acerca de sus propias vidas y del complejo mundo en el que viven.

El arte, desde mi punto de vista, va más allá de una asignatura; siempre ha sido una necesidad del ser humano por comprender el mundo que le rodea y comprenderse a sí mismo y a los demás. Surge de figuras que trascienden el mundo visible para ir más allá, al mundo de lo invisible, de lo inconsciente, de la imaginación. En el aula, durante ese proceso creativo, cada estudiante va desarrollando no solo destrezas y habilidades, sino que también va descubriendo una pequeña parte de sí mismo. Todo ello se refleja en lo que

plasma, al tiempo que se sorprende de su capacidad creadora.

Cada día es diferente, es un nuevo reto para ellos y para mí. Es un enriquecimiento mutuo para seguir creciendo como personas tolerantes, con pensamiento crítico, capaces de resolver problemas de una manera creativa y ser ciudadanos comprometidos con una realidad social compleja y repleta de obstáculos. Por ello, el arte nos ayuda a todos los seres humanos a crecer como una sociedad sin prejuicios, con una mentalidad más abierta, dispuesta a ver las diferencias como oportunidades.

Los estudiantes disfrutan con la educación artística porque se les ofrece un espacio donde poder ser libres, donde pueden ser ellos mismos, cada uno con su propio estilo, sin parecerse a nadie, solo a sí mismos. Lo que he podido observar durante todo este tiempo es que no importa tanto trabajar con una temática en concreto o con una técnica artística, sino el hecho de poder motivar a los estudiantes,

En el día a día voy descubriendo y aprendiendo de ellos, de su capacidad creadora, de sus reflexiones acerca de sus propias vidas y del complejo mundo en el que viven.

quitarles miedos relacionados con la perfección y la idea de belleza, e intentar que cada uno sea único y vaya desarrollando la imaginación y sus propias habilidades, sin compararse con nadie.

Cuando son conscientes de que su creatividad es igual de válida que la de su compañero, que es completamente diferente, comienzan a amar el arte, y es ahí donde empieza ese crecimiento personal en el que hay que acompañarlos y guiarlos.

Como artista, vivir en Ecuador también ha ido transformando mi manera de ver el mundo, de comprender y amar otra cultura, y de plasmar esas influencias artísticas sobre mis trabajos. Me siento también como una estudiante que va aprendiendo durante toda la vida; quizás por eso me apasiona tanto mi trabajo como docente.

En definitiva, creo que no solo hay que amar lo que uno hace, sino transmitir esa pasión a los demás. He tenido la gran suerte de haber podido estudiar y trabajar en lo que siempre me ha fascinado, el mundo del arte. Desde mi punto de vista, una sociedad realmente avanza con el desarrollo emocional, intelectual y personal de las nuevas generaciones, que se dan mediante una sociedad que valora, respeta y pone énfasis en las artes, como es la sociedad ecuatoriana.